

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,
De aquesta combatida
Nave gloriosa, válido Piloto,
En tanto la bonanza
Se cierna en lontananza,
Y no suceda el cefrillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia
De tu hermosa existencia
Jamás enturbie el horizonte claro;
Y que siempre querido,
Loado y bendecido
Á la grey prestes tu calor y amparo!

¡Y plegue, plegue á los benignos cielos
En premio á tus desvelos,
Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,
Ceñir tu docta frente
Con lauro indeficiente
Cuando retornes á la azul esfera!



SILVA.

Venid del fértil suelo
De Anáhuac venturosos moradores,
Del entusiasmo y del amor en alas,
Y traed cestos de campestres flores,
Del crudo Invierno la temosa bruma
Hendiendo, la ciudad de Moctezuma
Que ostenta ahora sus mejores galas.

No de avezado indómito guerrero,
Que con fulmíneo acero
Bravo postró las huestes enemigas
Tiñendo en sangre la fontana pura
Y la hierba que alfombra la llanura,
Enaltece la espléndida victoria;
Ni del poeta que meneó inspirado
El plectro delicado
Revela al mundo la envidiable gloria,
Y á premiar se prepara agradecida
La noble angustia y míseros afanes,
Que le amenguaron la fortuna y vida,
Ciñéndole la frente encanecida
Con guirnalda de lauro y arrayanes.

Un generoso y justo sentimiento
De gratitud á la ciudad conmueve:
Una grata memoria infunde aliento
Á sus dulces y tiernos trovadores
Cuyos son los cantares seductores
Que en difundir se afana el aura leve.

Se apresta á celebrar de su querido
Sacro Pastor el máximo decoro:
Y aquel día por siempre bendecido
En que recién ungido,
De los levitas en el almo coro
Ufano se alistaba,
Y, ha medio siglo, por la vez primera
Sobre marmóreo altar sacrificaba.

¿Qué mucho que sus hijos,
Del ara en torno con sin par ternura,
De tal Prelado en el semblante fijos
Y revelando al mundo su ventura,
Oren y clamen con ferviente anhelo
Y, las ofrendas al mostrar, eleven
El corazón al refulgente cielo?

Más hermosa en tus sienes
De bello albor, munífico Prelado,
Ésplende ahora la bicorne mitra
Tras los rudos vaivenes
De mísera fortuna, que han templado
Tu grande alma, que allá en lejano día
Cuando con ella engalanó tu frente
Juvenil, venturoso y sonriente
Con blanda mano el ínclito Munguía.

¡Bendígate el Señor! ¡Qué tus afanes
Éi premie, y te sostenga en este mundo
Lleno de su fecundo
Y santo amor! ¡Qué siempre venerado
Vivas por esta grey que pide al cielo
Buena paz para ti dicha y consuelo,
Oh Pastor vigilante y gran Prelado!



IDIPIO.

En bella y tibia mañana,
À pesar del crudo Invierno,
Un lauro alzábase tierno
Al labio de azul fontana.
Y una mariposa vana,
Revolando al derredor,
Mostraba el vivo color
Que á sus alas dió Natura
Y la mágica hermosura
De aquel oro brillador.

Sobre el arbusto un jilguero
Novel de plumón divino,
Exhalaba suave trino
Como nunca vocinglero.
En su cristal el venero

Retrataba mudo y fiel
 Del pie á la frente al laurel,
 Y al jilguero y mariposa
 Que en el cáliz de una rosa
 Libaba fragante miel.

Embebido contemplaba
 Cabe el tronco de un alheño,
 Cuadro tan dulce y risueño
 Que á otra edad me transportaba.
 Fugitiva abeja y brava,
 Á la que en nada ofendía,
 Cortó de súbito impía
 Tan grata meditación
 Hincándome el aguijón
 Con increíble osadía.

Desconcertado y mohino,
 Un ¡ay! doloroso y vano
 Lancé metiendo la mano
 En el raudal cristalino.
 Y en la copa de alto pinò
 Nada lejano de allí,
 Una zagala, que hurí
 Me pareció, encaramada,
 Con sonora carcajada
 Procaz burlóse de mí.

Dime: ¿qué haces, dulce niña,
 Le dije absorto y turbado,
 En este sitio apartado
 Y solitaria campiña?
 ¿Qué, no temes que te ríña

Tu buen padre, ó que una fiera
 Embravecida te hiera,
 Ó, si se quiebra la rama
 En que te apoyas, la grama
 Aplastar por vez postrera?

Ella respondiome. — No;
 Aunque soy de suerte escasa:
 Porque sabed que en mi casa
 He quedado sola yo.
 Apenas amaneció
 Cuando mis padres y hermanos,
 Cruzando los verdes llanos
 Que forman nuestra heredad,
 Á la vecina ciudad
 Se dirigieron ufanos.

Van á asistir á las fiestas
 Que llaman hoy *Bodas de Oro*
 Del Prelado que es decoro
 De la corte y las florestas;
 Y por no dejar expuestas
 Las mieses, que ya en gavillas
 Están allí en las orillas
 Del campo donde crecieron,
 Que me quedara, dijeron,
 Á cuidar nuestras cabrillas.

—¿Y eso te apena?—¿Os parece
 De tan pequeña importancia
 Que sola quede en la estancia
 Cuando todo languidece?
 Y la desazón se acrece

Al recordar el anhelo
 Con que le he pedido al cielo
 Que en la presente ocasión
 De asistir á esta función
 No me negará el consuelo.

Sólo verle deseaba
 En el altar, y el anillo
 Besar. ¡Qué mágico brillo
 Aquella piedra enviaba!
 ¿Será el mismo que llevaba
 Cuando le besé la mano
 Al pie de aquel avellano,
 Al regalarle una flor
 En la fuerza del calor
 Al promediar el Verano?

—¿Conque le conoces?—Mucho:
 ¿Y vos? Siempre que ha venido,
 Al encuentro le he salido.
 ¿No os parece que es muy ducho?
 He soñado que le escucho
 En la parroquia vecina
 Do explicaba la doctrina
 Por las tardes una hora,
 ¡Qué voz tiene tan sonora!
 ¡Y qué acción tan peregrina!

Mas, puesto que no me es dado
 Ir á la Misa, unas flores
 Junté de suaves colores
 Y de aroma delicado.
 Y en este pino copado

Subí afanosa por ver
 Un bello nido que ayer
 Me hallé de tiernas pezpitas
 Que batiendo sus alitas
 Me piden ya de comer.

Si hubiera quien le llevara
 Este sencillo presente
 En nombre de Mirta ausente,
 ¡Cuán satisfecha quedara!
 Puede que no se acordara
 De mí, por más que notoria
 Es á todos su memoria,
 De tan subida excelencia,
 Que es mayor que su prudencia
 Y ésta es su timbre de gloria.

—Baja, le dije, inocente;
 Yo iré por ti á la ciudad;
 Ha de mover tu lealtad
 Á ese Prelado eminente.
 Le diré: que *Mirta ausente*
 Aquesos dones le envía,
 Dones de poca valía,
 Del campo modestas flores
 Y un nido, centro de amores,
 Con polluelos que ella cría.

—Y añadidle, replicó:
 Que es un humilde tributo;
 Ó mejor, que este es el fruto
 De los bienes que sembró.
 De coral quisiera yo

Y perlas sartas enviar,
Y de diamantes un par
De inmejorable belleza.
Pero.....el pobre en su pobreza
Decid ¿qué más puede dar?

Y bajó dulce y festiva
La joven; y en la fontana
Lavó las rosas ufana
Y una corona de oliva.
Nido y flores pensativa
Me dió diciendo: "Yo espero
"Que cumplireis con esmero;
"Y perdón humilde os pido
"De haberme de vos reído".
Y partió con pie ligero.

"¡Ven, niña amable! Muy blando
"Es tu carácter; sincera
"Tu piedad: ¡quién la tuviera!".....
Clamé las auras turbando.
De allí me alejé soñando
En buscar ese reposo
Que brinda el campo amoroso;
Y aquilatando á la vez
La envidiable sencillez
De un corazón generoso.



ROMANCE.

Si Dios un solo instante,
Benigno, la elocuencia
Divina y anhelada,
Tesoro del poeta,

Y el numen soberano,
Y cítara febea,
En premio á mis afanes
Y ardor me concediera;

No ahora cantaríá
La gran Naturaleza,
Los juegos deleitosos,
Las danzas y las fiestas;

Sino antes la ternura
De tu alma y la excelencia,
Oh Padre, que tu vida
Consagras á la Iglesia.

Diez lustros ha que la Hostia
De paz al cielo elevas
Y del Señor detienes
La mano justiciera.

Diez lustros ha que en uso
De potestad excelsa,
Del Redentor en nombre,
Absuelves ó condenas;

Diez lustros ha, Jerarca,
Que curas y lamentas
Del corazón humano
Las llagas y miserias.

Y de hombres á millares
Abriste el áurea puerta
Del cielo, donde gozan
De dicha sempiterna;

É hiciste á cuántos, cuántos,
Felices en la tierra,
Tesoros de consuelo
Vertiendo á manos llenas.

¡Á cuántos tiernos niños
La estola de inocencia
Vestiste, por el agua
Que tal virtud encierra!

¡Á cuántos sostuviste
Del mundo en la tormenta
Ungiendo con el crisma
Las frentes altaneras!

¡Á cuántos vinculaste
De rosas con cadenas
Juntando en una sola
De entrambos la existencia!

Aquestos beneficios
De suma trascendencia
Que á tantos prodigaste
En tu larga carrera,

La grey que de tus glorias
Ufánase, recuerda;
Y de ti bulliciosa
En torno se congrega.

¡Augusto sacerdote,
Pontífice que velas,
Por más que no te sigan
Rebeldes las ovejas,

Es tiempo; sube, sube
Al ara; no detengas
El paso y al Dios vivo
La Víctima presenta!

Ofrece el Pan sagrado,
Consuelo y fortaleza
Del hombre, si se escuda
Con Él y se alimenta.

Ofrece el santo cáliz
En donde bulle entera
La sangre generosa
Que vírgenes engendra.

¡Oh, cuántas emociones
De gozo y de tristeza
Agitarán tu alma
En esta hora suprema!

Allá, cuando á tus manos
 Bajó por vez primera
 El Dios omnipotente
 Señor de cielo y tierra.

Feliz te rodeaba
 Tu noble parentela
 Que festejaba alegre
 Ventura tan inmensa.

Allí tu santa madre,
 Allí la hermana tierna,
 Allí los conterráneos
 Y amigos de la escuela,

Sus férvidas plegarias,
 Sencillas y sinceras,
 Unieron con las tuyas
 En la amorosa vega

Del Duero caudaloso,
 Que *el pecho sacó fuera*
 Por verte, repitiendo
 Su antigua cantilena.

¡Y hoy ellos no te miran!
 ¡Y hoy ellos no te cercan!
 ¡Y por más que los llamo
 No vienen á las fiestas!

¡Qué gozo llenaría
 Sus ánimas, si vieran
 La mitra refulgente
 Que ciñe tu cabeza!

¡Y el oro y esmeraldas,
 Crisólitos y perlas,
 Zafiros y rubies,
 Diamantes y otras piedras,

Que alumbran y matizan
 Tus albas vestimentas,
 Del pueblo mexicano
 Valiosa y digna ofrenda!

Pontífice querido,
 Advierte que aunque ciega
 La Parca y furibunda
 Con torpe y flaca diestra,

Cortar haya logrado
 Aquellas dulces hebras
 Que endebles sostenían
 Tan caras existencias;

Advierte, que no solo
 En este mundo alientas;
 Ni habitas forastero
 En playas extranjeras.

Te amamos, oh buen Padre;
 Tu vida fué la nuestra;
 Gozamos cuando gozas;
 Penamos cuando penas.

—El cedro añoso y cano
 Levántase á la esfera,
 Con frente encalvecida
 Hendiendo el aura leda,

Rodeado de arbustos
Que deben la existencia
Al plácido monarca
Orgullo de la selva;

En torno se le agrupan:
Cabe él sus ramas trenzan,
Y el tronco envejecido
Cobijan y refrescan.

Por más que bata el Euro
El ala torpe y negra,
Y suba rebramando
Sañuda la tormenta;

Por más que fulgurante
Encima se revuelva
La nube y que en su seno
Se enrosque la centella;

Por más que rudo el Bóreas
Le ponga en la cabeza
Carámbanos lucientes
Y cándidas madejas;

Y por más que el Estío
Famélico le envuelva
Y sobre él desate
Su ignita cabellera;

Él siempre rozagante,
Con veste airosa y luenga,
En medio de sus hijos
Magnánimo se ostenta.

Y es que ellos en la lucha
Le animan y consuelan,
Le escudan y le apoyan,
É infunden nueva fuerza. —

¡Gran Dios, que de los hombres
Alargas la carrera
Mortal, ó justiciero
De súbito la abrevias!

Humildes te rogamos
Que acá los ojos vuelvas
Y aceptes de tu pueblo
Pacíficas ofrendas;

Que alongues del insigne
Pastor de estas ovejas
La vida, que es tan cara,
En dicha y paz completa;

Y que seas, Dios bueno,
Su escudo y fortaleza;
Y que le cubra siempre
La sombra de tu diestra.

*Para el catafalco erigido en la Catedral de
Méjico el día de las exequias
del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Labastida.*

PASTOR.

I.

Muere el pastor y agrúpase el ganado
Del lecho en torno, y con balar creciente
Asorda y rasga el vagoroso ambiente
Mudo testigo de su bien pasado.

La grama olvida del ameno prado
Aunque le incita fresca y reluciente;
Y en no acercarse obstínase á la fuente
Si no le guía el huérfano cayado.

De su egregio Pastor así la hermosa
Mística grey henchida de amargura
La cátedra circunda tumultuosa;

Y exhalando en sollozos su ternura,
Con mirtos cubre la reciente fosa
Y eleva sus plegarias á la altura.



PILOTO.

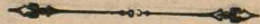
II.

Sobre piélagos azul, á toda vela,
Sin precaver la rabia y alboroto
De ola encrespada y furibundo Noto,
Se deslizaba ungida carabela.

Tras sí dejaba luminosa estela;
Y de encallar el riesgo era remoto
Por el celo y destreza del Piloto
Á quien fué encomendada su tutela.

¡Ay! El varón esclarecido y fuerte,
Cuando aun lejos miraba la bahía,
Cede al amago de contraria suerte;

Sube á cubierta al espirar el día;
Rinde el ánima bella, y con su muerte
Deja á la nave sin timón y guía.



CEDRO.

III.

Asoma el Aquilón batiendo el ala,
 Alzase el polvo, se obscurece el cielo,
 Corusca la centella y viene al suelo
 El cedro añoso de las selvas gala.

Ninguno entre los árboles le iguala;
 Sobre él la nube suspendió su vuelo;
 Y entre sus frondas con amor y celo
 Libró á las aves de asesina bala.

Hiedras y vides los zarcillos de oro
 Hincaron en su pie; sombra y firmeza
 Daba de arbustos al temblante coro,

Que hoy, cediendo del hado á la fiereza,
 Bañados de la aurora por el lloro
 Melancólicos doblan la cabeza.



FLOR.

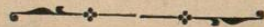
IV.

El cáliz rompe de sereno río
 Cabè la orilla delicada viola
 Ostentando en su nítida corola
 Blanca diadema de sutil rocío.

Al tardecer, el cárdeno atavío
 Fragante y rico al céfiro tremola;
 Y entre heliotropos se levanta sola,
 Sola en su especie con extraño brío;

Y embriaga con su olor. Mas... (¡oh inconstancia
 De los bienes y pompa de este suelo!)
 Para el Bóreas sañudo no hay distancia;

Viene y aja el color, la quema el hielo,
 La frente inclina y su postrer fragancia
 Sube á perderse en el azul del cielo.



PEÑASCO.

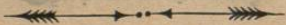
V.

Yérguese al éter empinado risco
Que blanca nieve de continuo baña,
Y destácase encima la montaña
Sobre el zafir á guisa de obelisco.

Tras él, temprano se levanta el disco
Del rubio sol dorando la campaña;
Y es el imán, el blanco de la saña
De cierzo y rayos, hielos y pedrisco.

Mas ¡ay! que ayer de la azulada cumbre
Bajó rodando, y al encino y hiedra
Arrolló aquella enorme pesadumbre.

Y ¡ay de la mies!.....De súbito desmedra;
La hiere el rayo con violada lumbre;
Y la destroza resonante piedra.



SOL.

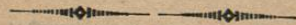
VI.

Nace risueño y sube al mediodía
El sol hermoso, y triste y negligente
Entre arreboles baja al occidente
Con luz de luna, sin color y fría.

En el dorso de blanca serranía
Hunde agobiado la marchita frente;
Y no torna los ojos aunque siente
Que en pos le sigue la tiniebla impía.

Más que nunca feliz, con firme paso
Hacia otro mundo se encamina lento
De las estrellas al fulgor escaso.

Pero exhalan la fuente, el ave, el viento,
Al ver al astro rey en el ocaso,
En murmurios su amargo sentimiento.



FUENTE.

VII.

Entre peñascos y arenillas mana,
Fluye y borbolla y corre á la llanura
Dando suave murmurio á la aura pura,
Dulce, fresca, limpísima fontana.

En la pradera tífiere de grana
Los rosales cimbrando; y se apresura
Á revestir de mágica verdura
Y opimos frutos á la erial besana.

Refrigera en los ímprobos calores;
Deleita y brinda pródigo sustento
Al colono y rebaños mugidores.

¡Ay! Esa fuente en hórrido momento
Se agota, y los quejosos labradores
Hacen vibrar el adormido viento.



